

La Fura dels Baus fusiona ópera, cabaret y teatro experimental

Estreno en Lucerna de la ópera 'Cantos de Sirena', propuesta osada del grupo catalán

JUAN ÁNGEL VELA DEL CAMPO | Lucerna | 12 ENE 2015 - 00:00 CET

Archivado en: La Fura dels Baus Compañías teatro Teatro Artes escénicas Espectáculos Cultura



Un momento de la representación de 'Cantos de sirena'. / HÖHN!

La idea venía de lejos. Desde que [La Fura dels Baus](#) adquirió el barco noruego *Naumón*, varios de sus promotores estaban obsesionados en montar en la bodega un espectáculo *liederístico* con el canto de las sirenas como motivo conductor. En principio se pensó en un desplazamiento por el Rin partiendo de Colonia. Allí, Carlus Padrissa es un ídolo desde que puso en escena *Sonntag*, de [Stockhausen](#), y *Parsifal*, de [Wagner](#). De hecho, la Ópera de Colonia participa en esta nueva aventura estética como coproductora y lo llevará a su ciudad a partir del 16 de mayo, en una versión que supongo va a ser muy distinta de la estrenada el sábado, más que nada por cuestiones de espacio. En Lucerna se ha dado el primer paso de esta *work in progress* la sección aeronáutica de su imponente Museo de Transportes. El lago de los Cuatro Cantones no es aconsejable en el duro invierno, sobre todo por el peligro de que se hiele. Las representaciones son hasta el 22 de febrero.

El Teatro de Lucerna celebra sus 175 años de existencia y se ha hecho con el privilegio de ese estreno. Para Padrissa, había un motivo afectivo adicional. Su tía Montserrat emigró a Lucerna en pleno franquismo y enviaba a la familia dinero, ropa y chocolate blanco desde allí. Padrissa ha contado en alguna ocasión que

El Museo de Transportes de Lucerna es el escenario de la obra

Lucerna era para él como el paraíso soñado y que aprendió su nombre antes que el de Barcelona. En *Cantos de sirena* ha fundido hasta lo imaginable los conceptos de ópera de cámara; cercanía con el público al estilo *furero*; cabaret lírico; alta tecnología con la incorporación de instrumentos electroacústicos robotizados que conviven con los instrumentos convencionales; ballet; cantantes en posiciones y actitudes de extrema dificultad, e incluso una *sinfonía* de sabores llevada a cabo por el gran cocinero suizo Stefan Wiesner, el hechicero del *michelinado* restaurante Gasthof Rössli en Escholzmatt, con la colaboración sorprendente de una combinación de maíz y chocolate del mismísimo Ferran Adrià. ¿Que qué les estoy contando? Pues en cierto modo una variante siglo XXI de la famosa *gesamtkunstwerk*, obra de arte total que mencionaba Wagner. Imagínense. La Villa Tribschen, donde se instaló el compositor alemán en una de sus épocas más felices y creativas, está justamente enfrente del Museo de Transportes. Y a Wagner suena un fragmento de la *Sinfonía Fausto*, de Liszt, con el que finaliza el espectáculo. Y Wagner se llama uno de los personajes de la trama en seis escenas y un epílogo sobre Fausto/Fausta que ha escrito Marc Rosich para mantener un carácter de ópera convencional.

El espectáculo goza de momentos rebosantes de imaginación

Vayamos por partes. Se combina música de nueva creación del Howard Arman —que además dirige la Orquesta Sinfónica de Lucerna también hay una mano robotizada para los sofisticados instrumentos electroacústicos creados por Roland Olbeter— con *hits* líricos de [Haendel](#), Purcell, Monteverdi, [Vivaldi](#), Broschi, Offenbach, [Dvorak](#), Delibes o Saint Saens. En el fragmento de Semele, pongamos por caso, la soprano da vueltas de 360 grados en una estructura metálica mientras despliega su endemoniada coloratura vocal. En Rusalka, la cantante

está en un cubo lleno de agua. Las tres protagonistas vocales —la alemana Marie Luise Dressen, la brasileña Carla Mafioletti y la ucraniana Stella Motina— estuvieron verdaderamente heroicas, tanto desde el punto de vista lírico como teatral. El espectáculo tiene altibajos, pero goza de momentos rebosantes de imaginación y originalidad.

Los bailarines del grupo de danza del teatro de Lucerna realizan una gran labor descriptiva y evocadora, catapultados por el excelente vestuario que Chu Uroz ha diseñado para la ocasión, y se mueven entre el público para invitar a la degustación de frambuesas, anillos de manzana, flor de sal y otras sugerencias que han preparado los cocineros. De hecho, el espectador tiene en su localidad —butacas de avión con cinturón de seguridad incluido— un sobre en el que está escrito el menú, asociado a lo que se está contando en escena, y en cuyo interior hay una hierbas para el momento en el que Fausto comienza su nueva y delirante vida dedicada al placer. El público de Lucerna reaccionó con entusiasmo ante una propuesta estética tan absolutamente fuera de lo común.